

## Amores y duelos, duelos y amores

**Sara Cohen**

Hamlet a su madre:  
*No partiréis antes de que os enfrente  
a un espejo en el cual podáis mirar  
vuestra parte más íntima.*

William Shakespeare "Hamlet"

Intentaré poner la lupa –elemento hoy en día antiguo- en una formación sintomática muy actual, sorteando esa tendencia descriptiva, también actual, que busca establecer diagnósticos desconociendo el inconsciente en la determinación de los síntomas. El perfil sintomático al que me referiré es el de los llamados "Trastornos de conducta alimentaria", y me ocuparé especialmente de aquellos casos en los que subyacen depresiones.

Son muchas las consultas actuales con ese perfil sintomático. Son más frecuentes en la pubertad y en la adolescencia, si bien también se presentan en la infancia. Es casi obvio que la emergencia de lo pulsional, con los cambios hormonales y corporales que vive el joven están estrechamente ligados a la aparición de estas manifestaciones en el período en el que se entiende que se está dejando la infancia.

Habitualmente se pueden ubicar desencadenantes, y también pesquisar en el síntoma algún orden de denuncia, una suerte de confrontación que se inclina hacia el lado de la destrucción ofreciendo el propio cuerpo en esa lucha. Todos estos casos tienen una historia, y se vuelve fundamental no desconocerla.

Para ingresar en lo que me propongo explicitaré algunos temas relativos al duelo, intentando una articulación conceptual entre la emergencia de lo pulsional, el duelo adolescente y los duelos previos.

El cuerpo viene a decirle al joven que ya no es el niño o la niña que era, cuando aún dicho sujeto no puede abandonar sus posiciones libidinales infantiles. Lo real de la emergencia pulsional de la pubertad es un llamado a construir una respuesta altamente singular, en la que al joven se le vuelve casi imperativo interrogar ese modo de goce ligado a su posición infantil y determinado por sus fijaciones con los objetos edípicos, y tender hacia la exogamia. El adolescente experimenta cambios en el cuerpo, excitación y deseo, y un no saber qué hacer con eso, porque además se encuentra en un momento de su desarrollo en el cual sus anhelos incestuosos reprimidos se han tornado posibles de llevar a cabo, y nuevamente se ve obligado a renunciar a los mismos. El despertar de la sexualidad en la adolescencia y la dimensión del encuentro amoroso tienen un carácter inaugural, lo que no implica que a lo largo de la vida algunos otros encuentros significativos no puedan tener también carácter inaugural. Además, hay que recalcarlo, ese no saber cómo, tan propio del despertar adolescente, es atinente a la sexualidad humana a lo largo de la vida, en tanto en rigor a la verdad no hay un saber previo respecto del despertar sexual que produce un encuentro con el otro. No existe tregua alguna en cuanto al empuje pulsional, ni respecto del deseo que subsiste en el inconsciente.

Cuando el duelo adolescente se presenta a través de una formación sintomática que toma como rehén al propio cuerpo y lo enfrenta a riesgos vitales, se vuelve todavía más indispensable ubicar ese duelo en la historia de un sujeto en el que su posición en relación a una pérdida primordial sigue en vigencia en forma dramática cuanto transita la adolescencia. Se pone más en relieve el tema del duelo como trauma, en tanto al reactivarse duelos anteriores se evidencian pocos recursos del sujeto para vérselas con la pérdida.

Freud estudió el duelo a partir de la melancolía y respecto del duelo insistió en el trabajo del mismo, que tendería a concluir con una sustitución del objeto de amor perdido. Esto no coincide con lo desarrollado por otros autores que han puesto el acento justamente en el carácter de insustituible de un objeto de amor, y han ubicado del lado de la función del duelo un cambio en la posición del sujeto en relación a la falta. Jean Allouch tomando como base el desarrollo de Lacan, discute la noción de duelo explícita en los textos freudianos, *Duelo y melancolía* y *La transitoriedad*. Por ejemplo en este último artículo, Freud escribe:

Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por

otros nuevos que sean, en lo posible, tanto más apreciables. Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con solo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes.<sup>1</sup>

Freud escribe este artículo en 1915 y no vuelve a reformular el tema del duelo a la luz de la segunda teoría pulsional. Jean Allouch cuestiona con fervor y precisión este tema de la sustitución. Si bien se refiere fundamentalmente a la pérdida y al duelo frente a la muerte del ser querido - y existen diferencias que habría que saber ubicar respecto de distintos duelos- es atinente detenernos en lo que discute, porque es importante en la estructuración singular que se configura en la adolescencia tener en cuenta de qué modo tramita cada joven sus pérdidas y cómo queda ubicado frente a las mismas. También es altamente relevante el tema de la transmisión. Allouch escribe lo siguiente:

Podemos recobrar el objeto, nos dice Freud, no en la muerte, sino decididamente en este mundo, en la realidad a la vez material y psíquica, lo que es el colmo, lo que nunca se había osado antes de él. La tesis freudiana de la sustitución de objeto es la más estafalaria que se haya propuesto nunca a ese respecto; es el colmo de la versión romántica del duelo, porque a pesar de la muerte, más allá de la muerte y por lo tanto en la muerte, les promete a todos la felicidad de un nuevo encuentro con su objeto, no en la vaguedad de alguna especie de lugar extra-terrestre más bien espiritualizado, isino en lo más concreto de la satisfacción pulsional carnal!<sup>2</sup>

Cuando hay muerte y duelo, hay transmisión. Esa transmisión va mucho más allá del hecho de que el historiador de la muerte no puede evitar examinar los testamentos. Está esencialmente ligada al hecho de que cada uno deja al morir esas "millones de huellas" de las que habla Foucault en "¿Qué es un autor?" y con las que el superviviente debe hacer algo, aunque fuera no tocarlas. Tales huellas no están

---

<sup>1</sup> Sigmund Freud, "La transitoriedad", en Obras completas, tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 311.

<sup>2</sup> Jean Allouch, "Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca", Ediciones literales, distribuye El cuenco de plata, Buenos Aires, 2006, p. 144.

todas, ni mucho menos, sólo en los recuerdos de quien está de duelo, como lo supone "Duelo y melancolía"<sup>3</sup>

Indagaré, más adelante, a través de una novela de Amélie Nothomb - autora de familia belga, pero nacida en Japón- el tema de los duelos, poniendo el énfasis en lo traumático, lo insustituible y lo fundamental de la transmisión, siguiendo el recorrido del personaje desde su infancia, pasando por su temprana adolescencia en la que transita una crisis, con una anorexia de suma gravedad que perduró dos años y que la tuvo al borde de la muerte, para llegar hacia el final de la novela a un momento posible de reencuentro signado por la búsqueda y la escritura. Elijo *Biografía del hambre* porque nos ofrece un material de sumo interés a través de un texto literario, que finalmente, más allá de los elementos autobiográficos, es fundamentalmente una ficción.

Jacques Lacan, en sus siete clases dedicadas a Hamlet, articula varios ejes atinentes a la neurosis - la organización de las coordenadas del deseo, el fantasma y el duelo - a través de la tragedia de Shakespeare. Se pregunta acerca de la identificación en el duelo y acerca del intentar definirla como una incorporación en Freud.

¿Qué es la incorporación del objeto perdido? ¿En qué consiste el trabajo del duelo? Por no estar articulada como es debido, la cuestión permanece en una vaguedad que explica la detención de toda especulación en la vía abierta por Freud acerca del duelo y la melancolía.<sup>4</sup>

El tema del duelo abre un abanico que abarca casi todos los temas que hacen a la estructuración psíquica. Si Freud recurrió a la melancolía para hablar del duelo, Lacan debe recurrir a la psicosis para explicitar aquello que ocurre en la estructura a partir de una pérdida significativa para el sujeto:

En otros términos, el duelo, que es una pérdida verdadera, intolerable para el ser humano, le provoca un agujero en lo real. La relación que está en juego es la inversa de la que promuevo ante ustedes bajo el nombre de *Verwerfung* cuando les digo que lo que es rechazado en lo simbólico reaparece en lo real. Tanto esta fórmula como su inversa deben tomarse en sentido literal.

---

<sup>3</sup> Jean Allouch, "Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca", Ediciones literales, distribuye El cuenco de plata, Buenos Aires, 2006, p. 164.

<sup>4</sup> Jacques Lacan, "El deseo y su interpretación" Seminario 6, Paidós, Buenos Aires, 2014, p. 371.

La dimensión intolerable, en sentido estricto, que se presenta a la experiencia humana no es la experiencia de nuestra propia muerte, que nadie tiene, sino la de la muerte de otro, cuando es para nosotros un ser esencial. Semejante pérdida constituye una *Verwerfung*, un agujero, pero en lo real. En virtud de la misma correspondencia que articulo en la *Verwerfung*, ese agujero resulta mostrar el lugar donde se proyecta precisamente el significante faltante.<sup>5</sup>

No hay manera de que los elementos significantes puedan afrontar esa pérdida en lo real. Es un desafío para la estructura, y no se sabe a priori del modo en el que cada sujeto sale de sus duelos.

Lacan continúa, a través de Hamlet, su desarrollo con el Edipo y su concepción respecto del sepultamiento del mismo que se juega en torno a un duelo, el duelo a hacerse es por el falo. Por supuesto se hace presente la pubertad y la adolescencia, ahí donde se jugarán las piezas perdidas y conservadas, del modo en el que cada joven pueda.

El momento de la declinación – lo subrayo- tiene un papel decisivo para lo que sigue, no sólo porque los fragmentos, los detritus, más o menos incompletamente reprimidos en el Edipo, resurgirán en el nivel de la pubertad bajo la forma de síntomas neuróticos, sino sobre todo en la medida en que, como lo prueba la experiencia común de los analistas, de ese momento depende – ya no sólo en la economía del inconsciente, sino en la economía imaginaria del sujeto- su normalización en el plano genital. O sea que no hay feliz triunfo de la madurez genital más que a través de la terminación, tan plena como sea posible, del Edipo, que tiene como consecuencia, tanto en el hombre como en la mujer, el estigma del complejo de castración. Hacer la síntesis con el mecanismo del duelo, tal como la obra freudiana lo brinda, tal vez nos permita aclarar el mecanismo del duelo por el falo, que sin duda es particular, ya que el falo no es un objeto como los demás.<sup>6</sup>

Ahora ingresaremos al texto de la novela para ir retomando, en la medida en que se hagan presentes, los temas planteados.

*Biografía del hambre* comienza con ciertas consideraciones acerca de distintas sociedades y países en torno al tema del hambre. Amélie Nothomb, hija de un diplomático, ha referido en diversas entrevistas el carácter autobiográfico de lo

---

<sup>5</sup> Jacques Lacan, “El deseo y su interpretación” Seminario 6, Paidós, Buenos Aires, 2014, p. 371.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 382.

relatado en esta novela, su infancia y su adolescencia trascurrieron en Japón y en China. La presentación que la narradora, personaje del relato, hace de sí misma se define en función del hambre:

(...) El hambre soy yo. (...) Hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre me he muerto de hambre.

Pertenezco a un medio acomodado: en casa nunca faltó nada. Eso me hace entender esa hambre como una especificidad personal: no tiene una explicación social.

(...)

Por hambre yo entiendo esa falta espantosa de todo ser, ese vacío atroz, esa aspiración no tanto a la utópica plenitud como a la simple realidad: allí donde no hay nada, imploro que exista algo.

(...)

Hay en el hambre una dinámica que prohíbe aceptar el propio estado. Es un deseo que resulta intolerable.<sup>7</sup>

La niña quería dulces, y la madre, dice la narradora, pretendía “engañarla” con otros alimentos.

Y mi hambre no sólo no mordía el anzuelo sino que se agravaba. Por el hecho de recibir aquello que no deseaba, todavía tenía más hambre. Me encontraba en la aberrante situación de ser una hambrienta a la que tienen que obligar a comer.

Sólo la superhambre se pervierte en hambre de cualquier cosa. En su estado primigenio y no contrariado, la superhambre sabe muy bien lo que quiere: quiere lo mejor, lo deleitable, lo espléndido, y se encarga de descubrirlo en cada dominio del placer.

(...)

-Tengo hambre- le decía a mi madre rechazando sus ofrendas engañosas.

-No, no tienes hambre. Si tuvieras hambre, te comerías lo que te doy- la oí decir miles de veces.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Amélie Nothomb, “Biografía del hambre”, Anagrama, Barcelona, 2006, p. 20, 21.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 2006, p. 25, 26.

Esto se articula en el relato con la identidad de la protagonista cruzada con aquella de su padre, la desmesura –alcoholismo, potomanía-, su entrañable relación con su cuidadora en Japón -Nishio-san-, y el dolor de la pérdida permanente y devastadora. Entre euforia gozante y dolor transita la narración.

Describe del siguiente modo la comida en el ámbito de las relaciones familiares:

Papá es un mártir alimentario. Es un individuo al cual el hambre le fue inyectada a la fuerza desde el exterior y luego reprimida a perpetuidad.

(...)

Es un hombre al que le jugaron una mala pasada: le impusieron la obsesión de comer y, cuando estuvo bien poseído, le pusieron a régimen hasta el final de sus días. Mi pobre padre conoció este absurdo destino: la contrariedad es su patrimonio.

Come a una velocidad espeluznante, no mastica nada, y lo hace con tanta angustia que parece no experimentar ningún placer.

(...)

Por más que mi padre fuera cónsul, no dejaba de ser un esclavo.

(...)

También era esclavo de su manera de alimentarse: perpetuamente hambriento

(...)

Si bien mi madre no era la jefa de mi padre, sí era la administradora de su esclavitud alimentaria. Ella ostentaba el poder nutricional<sup>9</sup>

Lo más relevante aquí no es sólo el poder nutricional que ostentaba la madre, sino la importancia del poder que otorga la identificación de roles respecto de los hijos que puede ejercer una madre con mayor o menor moderación.

Mi madre decidió muy rápidamente que yo era mi padre. Allí donde había parecido, ella vio identidad. A los tres años, yo recibía a las hordas de invitados de mis padres afirmando en tono fatigado: "Yo soy Patrick". La gente se quedaba estupefacta.

En realidad, estaba tan acostumbrada a que, al presentar a sus tres hijos, mi madre acabara con la más pequeña diciendo: "Y ella es Patrick", que me adelantaba a ella. Así pues, llevaba vestidos, el pelo largo y rizado y me llamaba Patrick.

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 30, 31, 32.

Su error me molestaba. Sabía perfectamente que yo no era Patrick.<sup>10</sup>

Esta presentación inicial signada por el hambre es radicalmente importante -no lo es menos el modo en el que la madre identifica a la protagonista-, dado que a partir de su desarrollo puberal se precipita una desembocadura en una formación sintomática que la colocará al borde de la muerte. Todas las otras variables desarrolladas en la trama narrativa también son determinantes para el desenlace de la situación crítica. La escritura producto de un a posteriori sabe muy bien subrayar los elementos sustanciales de esta dimensión del hambre-deseo.

La primera infancia de la protagonista transcurre en Japón, tema más que fundamental en la vida de la narradora. Voy a ubicar cuatro elementos de esa primera infancia: el alcoholismo, el colegio japonés, su cuidadora y la despedida, con el desgarró que implica esa partida. El primero el alcoholismo:

Las prohibiciones nunca eran demasiado graves: bastaba con evitarlas. Me puse a vivir mi pasión por el alcohol en la misma clandestinidad que mi pasión por lo dulce.

(...)

Nadie me veía coger las copas de champán abandonadas y a medio vaciar. De entrada, el vino dorado con burbujas fue mi mejor amigo: aquellos burbujeantes sorbos, el placer del baile de las papilas, esa manera de emborrachar tan rápido y de un modo tan liviano, era lo ideal. La existencia estaba bien concebida: los invitados se marchaban, el champán se quedaba. Yo vaciaba las copas en mi gacnate.

Ebria a las mil maravillas, iba a dar vueltas al jardín. Daba menos vueltas que el cielo. La rotación universal era tan visible y tan sensible que gritaba de éxtasis.<sup>11</sup>

Por supuesto, esta situación es el abandono mismo. Una niña participando en lo mundano de las reuniones de sus padres, con su madre que la presenta como "Patrick", y ella bebiendo quizá como Patrick, sin que nadie se percate de que bebe, y que además esto se transforme en un hábito, es una situación de abandono.

A diferencia de los hermanos, ella no es enviada a un colegio americano sino a un colegio japonés, un jardín de infantes, el *yôchien*. En este colegio ocurre un hecho

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p.46, 47.



a recalcar, entre muchos otros, y el mismo entra en serie con otro acontecido en la pubertad.

La multitud infantil se abalanzó sobre mí. Oponer resistencia no habría servido de nada: me dejé agarrar como una agobiada estrella de rock. Me tumbaron en el suelo y unas manos de propietarios desconocidos me desnudaron. Reinaba un silencio de muerte. Una vez desnuda, me observaron con atención. No hubo ningún comentario.

Una de las sargentos se acercó vociferando y, cuando vio mi estado, les gritó a los chicos:

-¿Por qué habéis hecho esto?- les preguntó temblando de cólera.

-Queríamos ver si era totalmente blanca- dijo un improvisado portavoz.

(...)

Mamá y Nishio-san admiraron mi frialdad ante la adversidad: no parecía excesivamente afectada por el ultraje sufrido. En mi fuero interno, sentía de un modo confuso que si mis agresores hubieran sido adultos, mi reacción habría sido distinta. Pero había sido desnudada por niños de mi edad: sólo se trataba de uno de los riesgos de la guerra.<sup>12</sup>

Aquí tenemos, en principio, la magnitud de un hecho ultrajante, pero además la idea inverosímil de que verdaderamente la niña pudo haberlo vivido con frialdad y razonar al respecto lo que dice en el relato. Es obvio el carácter defensivo de la explicación que la niña se hace al respecto para no sufrir, o de lo que a posteriori en la escritura se racionaliza. Está en consonancia con la admiración que produce en su madre su supuesta frialdad y la manera en que fue identificada con Patrick, no registrando lo propio de una niña con su universo infantil y necesidad de cuidados. Es verdad que, entre otras cosas, se trata de "los riesgos de la guerra", pero esto es una reflexión de la escritora adulta. Haremos un salto en la novela, dejaremos la primera infancia, por un momento, para acudir a la narración de un episodio en el que la protagonista es víctima de una violación. La misma también podría ubicarse, entre otras cosas, como "los riesgos de la guerra". Ocurre en la pubertad y antecede a los años de anorexia. Viviendo en ese entonces en Bangladesh, la madre toma un avión y se va con sus dos hijas a Cox's Bazar, donde ya no quedaban veraneantes. La protagonista amaba pasar horas en el mar.

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 58, 59.

Un día, cuando ya llevaba unas horas dentro del agua, muy lejos de la orilla, mis pies fueron atrapados por numerosas manos. A mi alrededor, nadie. Debía de tratarse de las manos del mar.

Mi miedo fue tan grande que me quedé sin voz.

Las manos del mar ascendieron por mi cuerpo y me arrancaron el traje de baño. Yo me debatía con la energía de la desesperación, pero las manos del mar eran fuertes y numerosas.

A mi alrededor, seguía sin haber nadie.

Las manos del mar separaron mis piernas y entraron dentro de mí.

El dolor fue tan intenso que me devolvió la voz. Grité.

Mi madre me oyó y corrió a buscarme dentro de las olas, gritando de ese modo demencial en el que sólo una madre puede gritar. Las manos del mar me soltaron.

Mi madre me tomó en sus brazos y me llevó hasta la playa.

A lo lejos, vimos salir del agua a cuatro indios de veinte años, de cuerpos delgados y violentos. Huyeron corriendo. Nunca más los encontraron. Nunca más volvieron a verme dentro de agua alguna.<sup>13</sup>

Por supuesto de esto la joven no se recupera. Si hasta ese momento su funcionamiento psíquico oscilaba entre las euforias alcohólicas, el entusiasmo de lo mundano, el desánimo y la negación - dentro de un marco establecido por traumas y pérdidas-, esta vez se produce un colapso.

La vida empeoró.

De regreso a Dacca, me di cuenta de que había perdido el uso de una parte de mi cerebro. Mi habilidad con los números había desaparecido. Ni siquiera era capaz de efectuar las operaciones más simples.

En lugar de eso, muros de nulidad ocupaban mi cabeza. Allí siguen.<sup>14</sup>

Volveremos a la primera infancia, porque en ella es muy significativo el lazo que establece la niña con Nishio-san, la posterior partida de Japón y la desgarradora despedida de la niña de su cuidadora, a los cinco años de edad. La narradora refiere sus hambres de amor del siguiente modo:

---

<sup>13</sup>Ibíd., p. 162, 163.

<sup>14</sup> Ibíd., p. 163.

Había otras actividades maravillosas, vaciar la lavadora con Nishio-san y lamer la ropa que ella tendía –mordía las sábanas limpias salivando para sentir ese delicioso sabor a jabón en la boca.

(...)

Tenía hambre de Nishio-san, de mi hermana y de mi madre: necesitaba que me tomaran en brazos, que me abrazaran con fuerza, tenía hambre de sus ojos posados sobre mí.

Tenía hambre de la mirada de mi padre, pero no de sus brazos. Mi vínculo con él era cerebral.

(...)

Suplicando y engatusando a Nishio-san, podía conseguir de ella caramelos, pequeños paraguas de chocolate o, en ocasiones, incluso, oh milagro, un poco de *umeshú*: el alcohol era la cima de lo dulce, la prueba de su divinidad, el momento álgido de su existencia.<sup>15</sup>

Es un tanto redundante recalcar que el relato respecto del amor es referido al hambre, a la ingesta y a la adicción. Seguir el derrotero histórico que ofrece la novela permite subrayar la historia que detentan algunos síntomas que en un determinado momento del desarrollo hacen eclosión y ponen en jaque la vida del sujeto. Lógicamente para que se produzcan estas situaciones podemos inferir que existió un vacío que lo adictivo vino a cubrir. Cuando la protagonista refiere al comienzo de la novela que ella “es el hambre”, dice también: *Por hambre yo entiendo esa falta espantosa de todo ser, ese vacío atrozador, esa aspiración no tanto a la utópica plenitud como a la simple realidad: allí donde no hay nada, imploro que exista algo.* El alcohol cubre esa urgencia.

El padre es trasladado a Pekín. Deben abandonar Japón y ahí aparece un primer quiebre signado por el “jamás”. Cuando la niña pregunta a su padre cuándo volverán, el padre le dirá “jamás”. Todos los lugares por los que de ahí en más transitarán devendrán un “jamás”. Hacia el final de la novela -porque afortunadamente se da un anclaje en la lengua francesa, al estudiar en Bélgica y al devenir escritora- la protagonista volverá a Japón y buscará a Nishio-san.

Abandonar a Nishio-san, ser arrancada de aquel universo de perfección, partir hacia lo desconocido: era para vomitar.

Viví los últimos días con una impresión de caos absoluto. Aquel país que, desde hacía cincuenta años, temía la llegada del gigantesco terremoto que le

---

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 44, 45.

habían anunciado no se daba cuenta de la inminencia de la catástrofe: ¿acaso el suelo no se estaba ya moviendo por el hecho de que mi persona iba a ser catapultada tan lejos? No había límites para mi espanto interior.

Llegó el momento fatídico: fue necesario subir al coche que salía hacia el aeropuerto. Delante de mi casa, Nishio-san se arrodilló en la mismísima calle. Me tomó entre sus brazos y me abrazó tan fuerte como se puede abrazar a un niño.

(...)

Luego, ya no hubo Nishio-san.

Así concluyó la historia de mi divinidad.<sup>16</sup>

De ahí en más, dice la narradora, todo país que no fuese Japón sería el extranjero.

Mi exilio de la humedad se tradujo inmediatamente en el descubrimiento del asma, que nunca había padecido anteriormente y que se convertiría en fiel compañera de toda una vida. Vivir en el extranjero era una enfermedad respiratoria.<sup>17</sup>

Mi tierra era la de Nishio-san, mi madre nipona, que era todo ternura, brazos cariñosos, besos, que hablaba el japonés de las mujeres y los niños, el cual es la dulzura hecha palabra.<sup>18</sup>

Frente a la respuesta de su padre de que jamás volverán a Japón, la narradora desarrolla una serie de observaciones en referencia al "jamás": los habitantes de jamás son los jamasianos, quienes no tienen esperanza y hablan el idioma de la nostalgia. No tienen hogar estable, ni habitable. *La muerte les acecha con tanta fuerza que tienen por la vida un delirante apetito*, así lo escribe.

China es el lugar del hambre, del hambre de los demás, refiere la narradora, que entra en distintas consideraciones acerca de lo observado en China. Luego de China, el destino será Nueva York. Al abandonar Pekín de 1975 y caer en Nueva York, *habíamos abandonado un planeta por otro que probablemente no estaba en el mismo sistema solar*, refiere.

No es sencillo, la medida no los acompaña:

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 60, 61.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 63.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 64.

Mis padres perdieron la razón. Tras tres años de encarcelamiento maoísta, las exuberancias capitalistas les afectaron peligrosamente. La fiebre que se apoderó de ellos no les abandonó ni un instante.

-Hay que salir cada noche- dijo mi padre.

Hubo que verlo todo, escucharlo todo, probarlo todo, comerlo todo. Juliette y yo siempre formábamos parte de la expedición.

(...)

Juliette y yo no dábamos crédito a tanto fasto. Nos emborrachábamos envolviéndonos en las estolas, morreábamos el cristal que nos separaba de los arenques vivos.

Una noche, el espectáculo fue un ballet: descubrí que el cuerpo podía servir para volar. Mi hermana y yo, a una sola voz, decretamos nuestra vocación de estrellas: nos matricularon en una famosa escuela de baile.

Ya de madrugada, un taxi amarillo devolvía al redil a cuatro belgas ebrios que miraban el cielo.

-Esto es vida- decía mi madre.<sup>19</sup>

La joven va al Liceo Francés de Nueva York, a la escuela de baile, y vive en una suerte de euforia familiar, en la que es factible que se siente a conversar con el padre y el mismo le sirva un whisky para brindar con él.

Es bien recibida en el colegio, tiene muy buen rendimiento académico y las amigas se pelean por estar con ella: *Me habían rechazado lo suficiente en otras épocas para no despreciar el valor de todo aquello*. Pero existe la noción de flotar sin piso en el cual pararse. Al referirse a la madre dice que su madre valoraba su inteligencia y elogiaba sus logros, pero ella no se reconocía exactamente en eso, sino en sus sueños y en sus sufrimientos de noches de asma. Por otra parte tiene una muy fuerte participación en esa euforia en la que la acompaña el alcohol, con la contracara del miedo.

De vez en cuando, Juliette y yo nos mirábamos, asustadas por tanta felicidad. Sí, había motivos para tener miedo. Miedo de qué, no tenía ni idea. Pero tanta embriaguez tenía que esconder algo. Vivía en ese confuso temor que hacía que me sintiera más exaltada todavía.

El terror aumentaba mi hambre.<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 93, 94.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 106.

Todo esto hasta los diez años. Llega el momento de irse de Nueva York y el destino será Bangladesh. Antes de irse de Nueva York

En prevención, multipliqué por dos mis dosis de whisky. Nunca se es lo bastante precavido.

(...)

De común acuerdo, Juliette y yo nos entregamos al desenfreno.<sup>21</sup>

Finalmente hay que partir. Mejor transcribir lo escrito acerca de esa partida, porque los recursos de consumo y euforia proporcionados por la vida de Nueva York, el desempeño escolar satisfactorio, y la modalidad de los padres –sostenida maníacamente- habían evitado hasta ese momento una caída persistente de la protagonista, que sobrevendrá luego, siempre dentro de un funcionamiento que requiere del alcohol.

Yo me sentía despavorida de sufrimiento. No era la primera vez en mi vida que se producía el apocalipsis. Pero para semejantes desgarramientos no existía ningún mecanismo de costumbre, sólo una acumulación de dolores.

(...)

Juliette me cogió la mano. Su sentimiento de horror era idéntico al mío, yo lo sabía.

Avión. Despegue. Desaparición de Nueva York en la lejanía. Jamás. Nueva York súbitamente anexada al país de nunca jamás. Tantos escombros dentro de mí. ¿Cómo vivir con tanta muerte?<sup>22</sup>

En Bangladesh, hambre y agonía. La protagonista tiene para entonces 11 años. Ella y su hermana se desploman en un sofá y leen. Tienen también un hermano mayor que no vive las peripecias de ellas porque había sido enviado pupilo a Bélgica, antes de todos estos últimos destinos familiares. La joven descubre la belleza en un texto literario y la narradora escribe:

La lectura constituía, junto con el alcohol, la parte esencial de mis días: en adelante, sería la búsqueda de esa insoluble belleza.<sup>23</sup>

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 138.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 142, 143.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 160.

Es aquí donde la madre las lleva al mar, y ocurre esa escena a la que nos adelantamos: una violación.

De ahí en más nos encontramos con un desenlace de una adolescencia en la que todas las pérdidas anteriores se vuelven trágicas. El tema no es tan sólo el despedirse, sino que eso no logra inscribirse como pérdida que posibilite algún devenir en lo psíquico, es un "jamás" sin anclaje alguno. El vacío que se genera tiene la contrapartida de esa modalidad en la que la opción que predomina es la euforia maníaca y el consumo de alcohol. El más eficaz soporte afectivo de la protagonista es el de la hermana, un par de ella.

¿Por qué seguir toda esta historia? Básicamente porque en la configuración de un síntoma hay mucha historia previa, y aquí se nos hace muy evidente el carácter del duelo como trauma. Permanece como puro trauma más que como mecanismo de duelo puesto en juego por la pérdida en lo real.

Refiere así la joven su vivencia:

Seguía siendo un tubo pero, en mi espíritu, se iniciaba ya la dislocación de la adolescencia.

Una nueva voz habló dentro de mí y, sin amordazar a las precedentes, fue la interlocutora definitiva que me acostumbró a pensar a dos voces. Sin dejar de reír, nunca dejó de señalarme el horror de las cosas.<sup>24</sup>

Respecto del hilo narrativo de sus vivencias dirá:

Todo se convirtió en fragmento, rompecabezas en el que cada vez faltaban más piezas. El cerebro, que hasta entonces había sido una máquina de fabricar continuidad a partir del caos, se transformó en un mecanismo de triturar.<sup>25</sup>

La protagonista cumple trece años en Birmania. Refiere que ella y su hermana estaban en un estado "larval" y que eso preocupaba a su madre. Es impactante el salvajismo con el que expresa lo relativo a su cuerpo y a lo que sentía como la traición que le hacía su cuerpo:

Mi cuerpo se deformó. En un año crecí doce centímetros. Me salieron pechos, grotescos en su pequeñez, pero ya eran demasiado para mí: intenté quemarlos

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 164.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 170.

con un mechero como las Amazonas incendiaban uno de sus senos para usar mejor el arco; sólo conseguí hacerme daño.

(...)

Arrastrarme hasta el bar suponía una proeza: sólo la perspectiva del whisky me permitía conseguirlo. Bebía para olvidar que tenía trece años.

Era inmensa y fea, llevaba un corrector dental.

(...)

Horror: deseaba un chico. Sólo me faltaba eso. Mi cuerpo me había traicionado.

(...)

En lo más profundo de mi insustancialidad hormonal, sólo reinaba el caos.

(...)

El gusto de mi sangre mezclada con la piña me aterrorizaba de voluptuosidad. Comía a marchas forzadas y sangraba todavía más. Era un duelo entre las frutas y yo.<sup>26</sup>

Lo cierto es que frente al cuerpo que sigue creciendo, al chico que sigue deseando y a la voz interior que la odia, la protagonista opta por acallar su hambre, dejar de comer.

¿Acaso se debía a que tenía trece años y medio, la edad en que las necesidades alimentarias son de lo más demencial? El hambre tardó en morir en la boca de mi estómago.

(...)

Después de dos meses de dolor, se produjo finalmente el milagro: el hambre desapareció, dando paso a una alegría torrencial. Había matado mi cuerpo. Lo viví como una victoria asombrosa.

Juliette se volvió delgada y yo esquelética. La anorexia fue una bendición para mí: la voz interior, subalimentada, se había callado; mi pecho volvía a ser plano a las mil maravillas; ya no sentía ni una pizca de deseo por el joven inglés; a decir verdad ya no sentía nada.<sup>27</sup>

Si la pérdida del cuerpo y el goce infantil en relación con los padres de la infancia es un desafío para todo púber y pone en juego toda la estructura previa del joven, nos encontramos en la trama que desarrolla esta novela que llegamos al momento del quiebre. Si ya había sido difícil *fabricar continuidad a partir del caos*, ya no se

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 173, 174, 175.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 177, 178.



puede siquiera intentarlo. Matar el cuerpo y sus apetitos es también en muchos jóvenes una denuncia que pone en jaque a todo el entorno. A la protagonista le fue arrebatada desde "la madre nipona" hasta su virginidad, con la violación realizada por cuatro jóvenes indios en el mar. No puede con eso, porque inevitablemente subyace ya una depresión, y las demandas pulsionales de la adolescencia no encuentran un sujeto que pueda exponerse a lo que vive como un riesgo extremo. Si al partir de Nueva York la narradora expresó *Tantos escombros dentro de mí. ¿Cómo vivir con tanta muerte?*, es en el avatar adolescente en el que se pondrá en la escena del propio cuerpo la muerte. En este descarnado escenario no hay soporte representativo, no alcanzan las redes significantes, no hay sutura posible alrededor del agujero de lo perdido y se castiga el cuerpo al borde de la muerte, al modo de la melancolía. En estas situaciones es de sumo interés entender el modo en el que los duelos -traumas- se emparentan con la psicosis, aunque no se trate de estructuras psicóticas. Si la protagonista hasta su adolescencia intentaba acallar el dolor de las pérdidas con el alcohol, en la adolescencia viene a acallar en su totalidad al cuerpo. Entendiendo que

Cuanto más adelgazaba, más sentía que se derretía lo que me hacía las veces de espíritu.

(...)

Más allá de determinado límite, lo que entendemos por alma se marchita hasta desaparecer.<sup>28</sup>

La protagonista después de dos años, empieza a recuperarse.

A los quince años y medio, una noche, sentí que la vida me abandonaba.

(...)

Entonces ocurrió algo increíble: mi cuerpo se rebeló contra mi cabeza. Rechazó la muerte.

(...)

No me morí. Habría preferido morirme: los sufrimientos de la curación fueron inhumanos.<sup>29</sup>

La novela no termina aquí, sino que, con el devenir de la escritura, la narradora vuelve en su edad adulta a Japón y vuelve a ver a Nishio-san. No es un elemento

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 180.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, p. 187.

menor que esta trama narrativa requiera, hacia el final, de una búsqueda en la cultura japonesa y en la figura de su "madre nipona". Si esto pudiese devenir en un duelo posible de realizarse, es indudable que es a partir de la búsqueda de huellas. También es significativo que la protagonista para volver a Japón estudie previamente en Bélgica y escriba en lengua francesa. El tema de la transmisión es posibilidad y es anclaje.

Mi lectura hizo centro en aquello que terminó configurando una formación sintomática, que puso en riesgo vital a la protagonista, porque la crudeza del relato me pareció hartamente elocuente. De modo extremo expresa la intrusión y el rechazo, tanto como la voracidad y la inapetencia mortífera sacrificial. El abordaje del texto es una excusa para ubicar alguna punta del ovillo acerca de lo imposible y lo posible en el tema de los duelos.

### **Resumen**

*La autora aborda el perfil sintomático de los llamados trastornos de conducta alimentaria, enfocando la depresión subyacente. Establece una articulación entre el devenir propio del adolescente y sus duelos previos. Entiende que en la configuración de un síntoma se condensa una historia y que el joven al exponerse con el cuerpo a un riesgo vital evidencia el carácter del duelo como trauma. Ubica en el texto literario de Amélie Nothomb Biografía del hambre una historia de hambre-deseo y pérdidas vividas desde la más temprana infancia, que hacen eclosión en la adolescencia con una anorexia de extrema gravedad.*

### **Descriptores**

*Duelo- Hambre- Deseo- Adolescencia- Anorexia*

### **Loves and duels, duels and loves**

#### **Summary**

*The author addresses the symptomatic profile of so-called eating disorders, focusing on the underlying depression. She establishes an articulation between the adolescent's own becoming and his previous duels. She understands that in the configuration of a symptom a story is condensed and that the young man when exposed with the body to a vital risk evidences the character of the duel as trauma. She locates in the literary text of Amélie Nothomb Biography of Hunger a history of hunger-desire and losses experienced from the earliest childhood, which hatch in adolescence with an anorexia of extreme gravity.*

**Keywords**

*Duel- Hunger- Desire- Adolescence- Anorexia*

**Amours et deuils, deuils et amours**

**Résumé**

*L'auteure aborde le profil symptomatique desdits troubles du comportement alimentaire tout en ciblant la dépression sous-jacente. Elle établit un lien entre la propre évolution de l'adolescent et ses deuils précédents. Elle considère qu'une histoire se concentre dans la configuration d'un symptôme et que le caractère du deuil comme traumatisme ressort quand le jeune s'expose avec son corps à un danger vital. Dans le texte littéraire d'Amélie Nothomb, *Biographie de la faim*, se trouve une histoire de faim-désir et de pertes vécues depuis la toute petite enfance à partir desquelles, à l'adolescence, éclot une anorexie d'une extrême gravité.*

**Mots-clés**

*Deuil - Faim - Désir - Adolescence - Anorexie*

**Bibliografía**

- Allouch Jean, "Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca", Ediciones literales, distribuye El cuenco de plata, Buenos Aires, 2006.
- Cohen Sara, "La niñez cautiva", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2015.
- Cohen Sara, "Morir joven. Clínica con adolescentes", Paidós, Buenos Aires, 2019.
- Freud Sigmund, "La transitoriedad", en Obras completas, tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Freud Sigmund, "Duelo y melancolía", en Obras completas, tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Jacques Lacan, "El deseo y su interpretación" Seminario 6, Paidós, Buenos Aires, 2014.
- Amélie Nothomb, "Biografía del hambre", Anagrama, Barcelona, 2006.
- Shakespeare William, "Hamlet", Penguin Random House Grupo Editorial, Buenos Aires 2016.